

latitudes, antes abandonadas del espíritu, el tesoro de la filosofía. Desde entonces, la cadena del saber se ha roto en ocasiones. Hoy volvéis a ligar el pasado con el presente. Nuestro pasado con el presente. Nuestro pasado cultural es corto, por lo mismo, conviene intensificar nuestra acción. Pueblo sin filosofía no existe para la Historia, ¡que nuestro saber abarque las cosas de la tierra, con inteligencia y exactitud, pero también como apoyo para el vuelo de aquella fantasía que conduce a los territorios que vió San Juan y definió San Pablo! Afianzad de nuevo los fundamentos latinos y la índole católica de nuestra cultura. Latinos fueron —según lo reconoce Tonybee y lo confirman los textos llenos de nombres españoles, lusitanos, italianos— los que iniciaron la etapa oceánica de la civilización. En la moderna etapa universal colaboran todos los pueblos ilustres, pero el latino, aunque no está ya al frente, sigue influyendo de modo decisivo en todos los órdenes, porque es su Derecho Internacional el que forja los nuevos arreglos de las naciones, y es su cultura la que sigue normando todos los aspectos constructores del presente. De allí que, hoy más que nunca, sea verdad lo que afirmó el inglés Belloc con valentía y acierto: “verdaderamente civilizado sólo es lo católico”. Y que sea vuestra catolicidad y vuestra civilización, tan comprensiva y abierta, que a nadie niegue el derecho de participar en vuestra obra y enriquecerla. Los tropiezos que os aguardan son seguramente numerosos y cargados de pena, pero al fin, ya lo dice la profecía: “No prevalecerán las Tinieblas”.

Y nosotros seremos fuertes, nos haremos invencibles, en cuanto pongamos por obra el secreto de los Santos, que es: afrontar con denuedo los males de la tierra, que siempre son pasajeros, y desentenderse de toda ambición de recompensas humanas, pues no puede darnos el hombre aquello de que él carece. Y nuestra sola ambición verdadera, que es la de lo eterno, tan sólo el Creador puede darla.

JOSE VASCONCELOS

NOTAS PARA LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA - III (Sócrates)

Por JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Dentro del mismo medio social que fomentó el desarrollo de la sofística, y en competencia con ella, aparece Sócrates, de quien se derivarán directa o indirectamente todas las ulteriores corrientes filosóficas. Abundan los testimonios referentes a su persona y concuerdan en atribuirle máxima importancia; lo cual no obsta para que esos mismos detalles se contradigan y sean causa de incertidumbre y vaguedad tales que la figura de Sócrates sigue y seguirá siendo asunto de leyenda. Contribuyeron a ello poderosamente las circunstancias de su muerte. Además, el hecho de que Sócrates no haya dejado nada por escrito, y de que se apelliden “socráticas” diversas escuelas mal avenidas entre sí, hace más y más difícil la fijación de la doctrina socrática. Es interesante observar cómo se multiplican los problemas históricos en torno a un personaje a proporción que crece y predomina su influencia, señaladamente cuando tal influencia es intelectual y moral.

De la juventud de Sócrates habla pésimamente un tal Aristoxenes de Tarento que refiere haber oído de su padre Spintaro, que Sócrates había sido, de mozo, un sujeto sin cultura, sin dignidad y sin escrúpulos. A mayor abundamiento, bigamo. Contra lo cual puede decirse que es inverosímil que un individuo tan mal afamado pudiera llegar a ser principalísimo en Atenas, como lo reconoce Aristófanes, notorio detractor de Sócrates. Descartando los rasgos caricaturescos con que lo desmejora en las “Nubes” (423), en las “Aves” (414) y en las “Ranas” (405), aparece un filósofo de 47 años, conocido de todos los oyentes. Es “maestro”, y tiene escuela, que es como decir “un pensadero” (frontisterion), en donde hacen vida común los discípulos. Vida poco halagüeña como lo demuestran la palidez de los semblantes y lo desmirriado de las carnes y el desaseo de los vestidos y lo eventual y nada sustancioso de las comidas. Estudian estas gentes geometría, física, astronomía, geografía... los seres vivientes y los abismos de la tierra. El aire es el principio de las cosas y del pensamiento. Sócrates es ateo porque no cree en los dioses de la ciudad. Enseña retórica y el Lenguaje es uno de sus dioses. Mediante la “antilogía” o contraposición de conceptos, inventa ideas; profesa la elocuencia judicial y política, sabe de argucias, distingue y opone el derecho natural

a la ley que es convención arbitraria... En una palabra: para Aristófanos, Sócrates es uno de tantos sofistas; que parezca desinteresado no le quita que sea sofista.

Bien creo que la pasión política que irritaba la musa de Aristófanos, le robaba, como sucede siempre, clarividencia y sentido de las proporciones. Empequeñecer al adversario es recurso muy antiguo, y el gracejo de "El Mosaico" (pulgas) ha tenido aplicación más de una vez.

En todos los siglos ha habido inteligencias claras, agudas, poderosas; también ha habido ánimos resueltos y hervorosos. Lo raro es que la serenidad de la inteligencia se junte con la energía afectiva y sentimental. Y todavía es más raro que esta energía se emplee en sostener y mantener a toda costa aquella serenidad, caso análogo al de la caldera de vapor que pone en movimiento una máquina de hacer hielo... Una combinación de éstas, precisamente porque es rara y muy rara, tiene que ejercer el más poderoso de los influjos: la humanidad se apasiona y se entusiasma por lo que se escapa a la medianía y ordinariez en que ella vive, y como lo que más se opone a esa medianía es la subordinación de la pasión a la inteligencia, donde quiera que aparezca este linaje de divina armonía (que fue cabalmente la prerrogativa del hombre en su estado de gracia original) allí se le tributará homenaje de sometimiento en alguna forma, allí se reconocerá una autoridad, un guía, un maestro, un conductor...

Miremos en torno nuestro; miremos, sobre todo, nuestro propio interior... Parece como si el régimen natural de los hombres fuera uno de ilusión, de apasionamiento, de entusiasmo, de exultación... Y lo propio de todo entusiasmo apasionado no es aclarar sino enturbiar los ojos del entendimiento; acumular y hacer valer con sutil parcialidad las razones que lo justifican, desechar y confutar con no menor interés las que lo condenan.

Lo que decía Tolstoy acerca de la acción del tabaco y del café sobre el "crítico" que hay en todo autor; eso debería decirse a propósito de las pasiones que obran sobre la "razón" que debe dirigirnos...

O será que la humanidad no se allana a sufrir el reproche clarividente de la razón que es conciencia, y trata de adormecerla merced al estupefaciente del entusiasmo apasionado?

Así es muy natural que reverencie y admire el proceder contrario: lo admira precisamente porque nadie lo pone por obra.

En Sócrates había un gran entendimiento y una gran pasión. Lo raro de él fue que puso la pasión al servicio de la inteligencia. Sería más exacto decir que su mayor pasión fue el anhelo de "claridad en la inteligencia"; llegar al "concepto puro" de las cosas parece haber sido la tendencia dominante de su espíritu.

Hijo de Sofroniskos, nació Sócrates en Atenas por los años de 469; dícese que aprendió, como su padre, la escultura. No parece que lo ejercitara mucho tiempo; son tradicionales sus malas fortunas domésticas: quizá el desgüeño con que administraba sus bienes tuvo en ellas mayor parte que la legendaria mala índole de Xantipa, su mujer. El retrato que de ella se lee en el Fedón, le es favorable. Para tratar de precisar lo que fue

Sócrates (a quien el cómico Eupolis llamaba "charlatán vagabundo", y cuyo hábito de andar descalzo le hacía decir a Ameipsias, otro cómico, que el filósofo era un "desafío viviente a los zapateros") creo que debe consultarse ante todo el testimonio de Aristóteles, por más que Aristóteles no llegue a Atenas sino 32 años después de muerto Sócrates. Ha habido quienes supongan que tal testimonio no es sino muy de segunda mano, por cuanto el Sócrates de Aristóteles no es sino el que pintó Platón (Taylor. *Varia Socratica*. Oxford. 1911), lo cual no puede sostenerse. En efecto: el Sócrates auténtico no discurrió sobre la naturaleza y sus fenómenos, sino sobre asuntos morales, y respecto de ellos fue el primero que, con orden y método, se puso a la tarea de "definir universalmente", de averiguar la "esencia" (to ti estin) para darle un punto de partida al razonamiento y a la ciencia. Apóyase ésta sobre la "definición universal" y sobre los "discursos inductivos". Y estos son puntos "cuya novedad y cuyo mérito deben, con justo título, atribuirse a Sócrates" (Metaph. Rob. p. 189). Pero ya se ve que de esas "definiciones universales" Sócrates no hizo "cosas separadas", al paso que Platón les dió el nombre de "Ideas" y las segregó de las cosas mismas. Por otra parte, Aristóteles distingue muy bien el Sócrates platónico y el Sócrates viviente al afirmar (ib) que "si la filosofía de las Ideas fue introducida en la escena, ello se debió al impulso de Sócrates y merced a la investigación lógica de los conceptos, que es un sistema específicamente socrático".

Platón suministra abundantes noticias socráticas. Pero no se olvide que, siendo él mismo un pensador original de primer orden, no sería legítimo pedirle un traslado literal, enjuto y ceñido a lo que dijo e hizo Sócrates. Que lo fundamental de la doctrina socrática sea lo que el Sócrates de los Diálogos dice, es indudable; también lo es que Platón era muy capaz de desarrollar por cuenta propia y con originalidad manifiesta diversas enseñanzas de su maestro. Así podría explicarse que la figura de Sócrates, tan dominante en los primeros diálogos, como que pasa a segundo término y acaba por esfumarse en los últimos. En cuanto a las apariencias exteriores de Sócrates, el "Banquete" nos dirá con harta claridad que si por defuera parece un hombre ordinario, por dentro está animado por una intensa vida interior, escucha las advertencias de un "daimon" y a veces se aísla por horas y horas en cierta manera de éxtasis que lo enajena de todo lo exterior: tal acaeció en el campo de Potidea a vista de todos sus connilitones. Hay en su vida contrastes raros: su sobriedad es notoria, pero puede beber hasta con exceso sin perder el juicio; su conversación está salpicada de trivialidades y de desenfados vulgares, pero es suyo el ascendente de la elocuencia que penetra los espíritus; profesa de continuo su propia ignorancia, pero es proverbial la destreza con que pone en aprietos a los más afamados por su inteligencia. Alguna vez el Fisiognomista sirio Zopyros (Gomp. p. 49) afirmó que el semblante de Sócrates revelaba un temperamento violento y sensual; protestaron los discípulos y Sócrates dijo: "Zopyros está en lo cierto, pero yo he procurado hacerme amo y señor de mis deseos" (Forster y Casiano).

Si Platón retrata a Sócrates con entusiasmo, Jenofonte lo empequeñece y lo reduce de manera que quien se atenga solamente a los "Memorables", la "Apología" (caso de que sea auténtica) y la "Economía", no se explicará ni la influencia de Sócrates, ni la pasión, ni las hostilidades

que suscitó. No era Jenofonte el hombre capaz de estimarlas ora porque su temperamento pretencioso, utilitario y "terre à terre" se lo estorbaba, ora porque sus andanzas lo mantuvieron lejos del filósofo: dos años antes del proceso de Sócrates salió de Atenas para enrolarse en la expedición de Ciro el Joven; una sentencia de destierro lo tuvo lejos por treinta años (hasta 369), y antes de 387 anduvo por Esparta y por Asia. En suma: el testimonio de Jenofonte que por mucho tiempo se creyó capital, se considera hoy muy inferior al de Platón.

Vistas las fuentes de información acerca de Sócrates, mencionemos el hecho, para mí importante, de que, mediante Arquelao, recibió la influencia de Anaxágoras.

Sócrates aparece filosofando en la segunda mitad del siglo V. Me imagino que ninguno fue tan capaz como él de percibir cuanto había de garrulería, de falsedad, de verbalismo huero, de "bluff" científico y filosófico en las enseñanzas de los sofistas. La primera originalidad de Sócrates está en que le fatigan esas disquisiciones eruditas e ingeniosas que le hacen creer a cualquiera que ya dominó el saber humano, y que tiene franca la puerta para toda granjería y adelantamiento lucrativo. Pensar que el hombre se hiciera incapaz de atinar con algo definitivamente verdadero, con una base o principio incommovible, con una dirección constante y dominadora, y que en lugar de esto tuviera que vivir en perpetuo trance de utilizar el pro o el contra de las cosas según las conveniencias; pensar que el hombre, hecho para lo permanente e incommovible, tuviera que oscilar de continuo entre opiniones tornadizas e inseguras, huérfanas de toda certidumbre avasalladora e inapelable... eso era lo que más profunda y sinceramente le repugnaba a Sócrates.

Y le repugnaba, no sólo por la intrínseca falsedad del sistema, sino porque había sido testigo del fasto insolente, de la presunción hinchada, de la resonante vacuidad, de la ostentación desvergonzada, y, sobre todo, de la increíble satisfacción y contentamiento que en sí mismos y en sus hazañas verbales encontraban los sofistas. La vida de Sócrates tan desarrapada, el descuido intencional que lo caracterizó, su profesión explícita de que era un ignorante, su sistema de pedirle a todos que lo ilustrasen, el tesón con que mantuvo su célebre axioma: "Conócete a ti mismo" (que en la Apología tiene por equivalente esta frase: "Cuida de tu alma") fórmula que enuncia el deber de la "reflexión crítica sobre sí mismo", todo ello no podía ser sino una reacción vehemente contra la vida de faramalla y trapacería, contra el "arrivismo" crónico que los sofistas pusieron de moda. Y no vaya a pensarse que Sócrates, por el hecho de haber adoptado un género de vida algo "bohemia" se contentaba con la sátira callejera que no lo comprometía en nada. Llegado el caso, mostraba el mismo ánimo en coyunturas de importancia: como sucedió cuando por los años de 406, haciendo parte del Senado de los Quinientos, se negó rotundamente y desafiando los furros populares, a poner a votación la suerte de los generales que causaron la pérdida de una flotilla en las islas Arginusas.

Contra le perpetua incertidumbre en que se agitaban los sofistas, y que acabaría por engendrar un escepticismo agudo, Sócrates propugna la verdad esencial e inmutable. Eso es lo que significa la frase de Aristó-

teles acerca de que Sócrates "fue el primero que se empeñó con orden y método en definir universalmente". La "definición universal" no es otra cosa que la representación de la "verdad intrínseca".

Quiero que se entienda ahora cuál fue el camino que tomó Sócrates para llevar adelante su propósito. De los antiguos "físicos y naturalistas" aceptaba el método "inductivo"; pensaba, en otros términos, que el examen directo y experimental de las cosas es lo que más puede contribuir al esclarecimiento de los conceptos generales y a la invención de la verdad inmutable. Pero ya hemos insinuado que la experiencia de los antiguos era limitadísima y elemental además. Sócrates parece haberse preguntado: ¿no habrá algo que se preste ampliamente a la experiencia, que no se agote, que esté al alcance de toda inteligencia, y que pueda investigarse indefinidamente sin más medios que los propios de la misma inteligencia?

La respuesta es obvia: el hombre mismo. De ahí que la filosofía de Sócrates sea eminentemente moral.

En presencia de la confusión de ideas que era propia de los sofistas, Sócrates quiere a todo trance "claridad de ideas". Las divagaciones enciclopédicas y eruditas acerca de todo lo que nos rodea, tenían sumidos a los hombres en un caos de incertidumbres; mucho más eficaz tenía que ser el enfrentarse consigo mismo, explorar el mundo interior, contemplar el vario juego de sus actividades, y estimarlas en su estricto valor. ¿Cómo podía deducirse de esto la verdad general?... Quizá con un criterio parecido al que inspiró a Kant aquella su célebre máxima: "Obra de tal suerte que la norma de tu acción pueda ser erigida en ley universal". Aquí se ve cómo de una consideración moral se pasa a algo universal.

Que si se trata de ese método socrático de volver úno sobre sí mismo y de replegarse a su propio interior en busca de la verdad, ¿por qué no he de recordar la frase de San Agustín: "Noli foras ire, in teipsum reddi: in interiore homine habitat veritas"?

Yo me pregunto si habría alguna circunstancia poderosa a inspirar estas tendencias de la mente socrática, o si su orientación hacia el estudio íntimo del hombre fue enteramente una genialidad sin antecedentes o estímulos extrínsecos. Para mí es indudable que hubo esa genialidad y que ella se desarrolló ampliamente merced a las circunstancias azarosas en que iba entrando Grecia por obra de las guerras del Peloponeso (431-404). Aquello fue un descenso progresivo que acabó con el sometimiento de Atenas a Esparta. Los días gloriosos que siguieron al triunfo sobre Persia, días en que todas las ambiciones parecían justificadas, se cambiaron por los días en que todas las ambiciones parecían justificadas, se cambiaron por los días de la creciente amenaza de los lacedemonios, que se complicó luego, para desgracia general, con la descabellada expedición contra Siracusa. El escenario social, político y económico dejó de ser propicio al desenfado y vocinglería de los sofistas.

Por otra parte, me atrevo a sospechar que debe existir alguna ley reguladora de los periodos de dispersión y de reconcentración de la mente humana. Parece como si a cada época en que predomina el afán dominador del mundo externo, sucediera (o por agotamiento de la sujeta materia o por fatiga de los hombres o porque los hombres acaban por sentirse abru-

mados por sus propias invenciones) otra época en que el espíritu humano endereza sus actividades a la exploración de sí mismo. Y baste esto para medio insinuar el influjo de las circunstancias externas en la formación de la filosofía socrática.

"Oudeis ekon amartanei", nadie peca voluntariamente. Dice Gomperz que estas palabras son el alma de la filosofía socrática. Entendidas llanamente expresan que "todo desfallecimiento moral tiene su origen en la inteligencia y se explica por un error del entendimiento". O más claro: el que conoce el bien, practica el bien; la falta de nociones justas es la única fuente de los actos contrarios a la moral.

Adviértase de una vez que esta doctrina ayuda a entender porqué se dijo atrás que Sócrates buscaba ante todo la **claridad de los conceptos**. Más difícil es explicarse uno cómo el filósofo llegó a pensar que la inteligencia tuviera tanta y tan decisiva importancia en el gobierno de la vida. Los filósofos anteriores eran sin duda "intelectualistas" en el sentido de que fiaban en la destreza y cultivo de la inteligencia para salir vencedores en la vida y aventajarse pública y privadamente. No negaron, sin embargo, que la voluntad, a semejanza del entendimiento, necesitaba de educación y que esta educación tenía que resultar del empleo de ciertos medios muy sabidos: premios y castigos, ejercicio, hábitos, disciplina... Sócrates, por su parte, parece como si creyera que "sólo debiera tomarse en cuenta la parte racional del hombre, o como si no existiera en él una porción irracional". Según él todas las acciones son determinadas por el entendimiento que es omnipotente; de esta suerte: reconocer que una acción es recta y no ajustarse a este conocimiento, es sencillamente una imposibilidad. Ni Ovidio cuando dice: "...video meliora proboque, deteriora sequor", ni muchísimo menos San Pablo cuando afirma: "video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae" (Metam. VII. 20) (Rom. 7.23) son aceptables a Sócrates.

La insuficiencia de este punto de vista, que es patente, no ha de impedirnos que reconozcamos lo que tiene de plausible. Por haber visto una parte de la verdad, y no la verdad completa, Sócrates ha merecido que se le llame "uno de los mayores entre los hombres de un sólo ojo". "Croyez-moi —decía alguien— c'est le coeur qui fait mal à la tête", y es innegable la tremenda influencia que tienen la sensibilidad y las pasiones, el "hombre viejo" de que habla la Escritura, para desmejorar y perder al hombre. Pero no puede negarse que tal influencia puede muchas veces desarrollarse con la complicidad de la ignorancia. Y también es cierto que otras veces lo que sucumbe a las pasiones no es la convicción, sino una apariencia o simulacro de convicción. Obsérvese bien: la falta de claridad en el pensamiento, la confusión de los conceptos, las nociones equívocas acerca del contenido esencial de los preceptos, la vaguedad y endeblez del asentimiento que les damos a ellos y a los principios de donde emanan, son cosas que explican muchos conflictos dolorosos entre los principios y las acciones. Es claro, en fin, que puede haber desfallecimientos intelectuales destructores de la **unidad de carácter** y, por lo mismo, responsables de que en una misma alma coexistan y convivan apaciblemente los elementos más contradictorios. A título de comprobación de lo dicho, recordemos cuál es el papel que debe desempeñar la **meditación** en la vida cristiana...

Donde no hay ideas claras, precisas, bien definidas, hay peligro de que los impulsos del momento y de la impresión inmediata nos gobiernen; se origina entonces una "servidumbre" según el modo de hablar de Sócrates. Tal es por otra parte el reproche que a sí mismo se dirige Alcibiades —tipo perfecto de tal servidumbre— en el Banquete de Platón. Y advierte Jenofonte que Sócrates tachaba de "ánimos serviles" a los que, por falta de nociones suficientes acerca "del bien, de lo bello y de lo justo", vacilan y andan a tientas por la vida, como viajeros que ignoran el camino, como calculadores bisonños que pretenden resolver problemas al azar. Dice Gomperz: "Lo que Sócrates veía con tristeza entre los más considerables de sus contemporáneos, era la falta de 'armonía interior y de unidad de carácter', falta que dependía de que el hombre completo no estaba gobernado por un principio acorde consigo mismo".

A título de analogía curiosa quiero citar aquí algunas máximas harto emparentadas con las de Sócrates. Proceden ellas del Extremo Oriente y tienen por autor a Confucio, que casi es contemporáneo de Sócrates (murió en el año de 478 a. C.). En el XXXIX libro del Li-Ki habla de esta suerte: "Perfeccionar el saber es lo mismo que examinar las cosas. Cuando las cosas han sido examinadas, el saber es perfecto, el pensamiento es verdadero; cuando el pensamiento es verdadero, el corazón es puro; cuando el corazón es puro, la personalidad se desarrolla; cuando la personalidad se desarrolla, la casa está bien ordenada; y sólo cuando la casa está bien ordenada, el Estado se encontrará bien ordenado". También aquí parece que la moral está fundada exclusivamente sobre la inteligencia.

¿Habrá algo de cierto en esta teoría? Entendida literalmente la vemos contradicha de continuo a nuestro alrededor y en nosotros mismos; en ocasiones parece preconizada por los modernos que han dicho: "Donde se abre una escuela, se cierra una cárcel"; a pesar de lo cual es patente el hecho de que no hay proporción o paralelismo forzoso entre "lo que uno sabe" y "la manera como uno vive". Hasta es posible que el saber se ponga al servicio de la torpeza e indignidad de la vida... Y sin embargo, yo me atrevo a pensar que el intelectualismo optimista de Sócrates corresponde largo intervalo y a manera de atisbo remoto ("testimonium animae naturaliter christianae" que dijo Tertuliano), a lo que había de ser puesto en claro por la Revelación Cristiana, es a saber: que la última y suprema perfección humana se obtiene mediante la **visión beatífica**, que es en el entendimiento y mediante el **lumen gloriae** con que se hace radicalmente la final y bienaventurada transformación del hombre; a que se añaden diversas máximas divinas que indican cómo es el **conocimiento** lo que hace al hombre perfecto: "Haec est vita aeterna, ut cognoscant te... Euntes ergo docete omnes gentes...".

Pero nótese bien que hay dos maneras de **conocimiento**. El uno puebla la mente con diversidad de nociones que pueden ser exquisitas pero que no arrastran en pos de sí las demás facultades humanas, "que no producen —diría Sócrates— **unidad de espíritu**": el otro es de tal manera avasallador que a su influjo se riden desde luego todas las demás actividades humanas. Por de contado, este segundo (del cual puede haber ejemplos aislados en el puro orden natural...) es un efecto de la Gracia de Dios, es, en otros términos, de orden **sobrenatural estricto**. Véase cómo lo describen los místicos: "...se llama por otro nombre **mística teología**, que

quiere decir sabiduría de Dios secreta y escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma, sin saber ella cómo, lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo; porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y aprehensiones y fantasía de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo; el cual sin recibir las tales formas, sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial, desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo..." (Cant. Esp. Canción "El aspirar del aire...").

De aquellos dos conocimientos que dije hay vestigio claro en la frase de San Ignacio: "No el mucho saber harta el ánima, sino el hondo sentir de las cosas interiores".

No es posible omitir aquí algún recuerdo acerca de la muerte de Sócrates. Mucho se ha hablado de ella para que podamos pasarla por alto. Tiene además su significación en la historia filosófica.

Sócrates no parece que haya gozado de popularidad. La opinión pública, representada en aquel entonces por los poetas cómicos (como lo está por la prensa) le fue desfavorable. Eupolis (autor de los "Lisonjeros") confundió en una misma caricatura a Sócrates y a los sofistas logreros; otro autor cómico, Ameipsias, dice que "Sócrates es el mejor entre unos pocos y el más insensato entre muchos", y añade: "es capaz de pensar en todo, menos en la manera de procurarse un manto nuevo". Por otra parte, bien conocida es la saña de Aristófanes contra el filósofo; y a mayor abundamiento, la ruina de Atenas, al terminar las guerras del Peloponeso con la desastrosa expedición a Siracusa, fue imputada por muchos a las audacias y locuras de Alcibiades (Gomperz, 98), ni más ni menos que la turbación de la paz interior y las revueltas de Tesalia (ib.) se imputaron a Kritias, que también era discípulo predilecto de Sócrates. Así sucedió que los desaciertos o los infortunios o las aventuras malhadadas de los discípulos se explicaron por la enseñanza del maestro, y Sócrates "corruptor de la juventud" tenía que pagar por todos.

Sócrates fue acusado de "asebia", o sea, de impiedad. Es más que probable que ello se fundaba en ciertas locuciones frecuentes en boca del filósofo y muy ouestas a los conceptos vulgares que por entonces corrían en punto de religión. Por ejemplo: "¿Qué es la santidad? —pregunta en el Eutifrón (cit. de Bremond). Será —como tú dices— la ciencia del sacrificio, y de lo que debemos dar a los dioses para obtener algo de ellos? De ser así, la santidad resultaría una manera de comercio. Enhorabuena, yo no te preguntaré qué es lo que nos dan los dioses. Sé, en cambio, que todo lo que es bueno, nos viene exclusivamente de ellos". ("Santidad" traduce aquí a *óson*). Lo que aquí se pone en tela de juicio no es la "religión" ut sic, sino una manera mercenaria de entenderla. Creo además que, respecto de Sócrates, hay que distinguir resueltamente entre mitología y religión. Aún parece que no deben relacionarse muy íntimamente, por lo menos en la época que consideramos. Eran los mitos, más que todo, tradiciones populares, confusas y contradictorias que los poetas manejaban a su sabor. Píndaro se indigna de ciertas fábulas que considera deplorables y les niega toda fe, pero mantiene otras no menos escanda-

losas. Sócrates se muestra de tanta esquividad para las unas como para las otras, e, inclusive, hace mofa de ellas cuando contradicen los principios de la religión en su sentido más universal y profundo, es a saber, en cuanto afirma la existencia de la divinidad (aun cuando en sentido politeísta), su omnimoda perfección, bondad y justicia. Dice, no obstante (cf. Eutifrón): "Respecto de los dioses nada sabemos, ni siquiera sus nombres; darles alguno de mi invención, sería temeridad, y así, cuando me dirijo a ellos, me atengo a lo que el uso ha sancionado... Pero no quiere decir esto que piense como Protágoras, cuyo desenfado me hace sospechar que se basta a sí mismo y prescinde del auxilio de los dioses. No; yo los necesito para guiarme en todo y sin ellos no hago nada. Y sé también sin duda que existen, que nos encaminan al bien, y que es preciso honrarlos conforme a las leyes del país".

Sócrates habla indiferentemente de "los dioses", del "dios" y de lo "divino", es politeísta y diría de buen grado como uno de sus discípulos "que todo está lleno de dioses". Pero en esta multiplicidad de dioses cuya naturaleza y cuyos nombres ignora, afirma una Providencia viva y única, a diferencia de Aristóteles que es monoteísta pero niega la Providencia.

De otra parte Sócrates se adelanta a sus contemporáneos por lo constante de su creencia en la inmortalidad del alma y en el juicio futuro que se hará de ellas. Ya para terminar el mito de Gorgias, Caliclés se burla de Sócrates y de los filósofos; los apellida imbéciles porque —dice— "si lleváis a estos soñadores ante los tribunales, vereis cómo quedan a merced de sus acusadores. Cualquiera advenedizo puede insultarlos y abofetearlos, sin que ellos atinen a defenderse". A lo cual responde Sócrates: "En ese juicio de los muertos que tú tienes por fábula, (yo, por un "logos") el alma desnuda comparecerá ante el juez desnudo. El alma es lo que sus acciones la hayan hecho, alma de esclavo estigmatizada con pasiones vergonzosas como con vestigios de azotes, o alma justa y pura como es la del que ha vivido conforme a la verdad. Y cuando un malhechor parece ante ese juez, pone desde luego en olvido quién es y cuáles son sus antepasados, sabe únicamente que es malo, y, en estando convicto, el juez los envía al Tártaro donde sufrirá la pena merecida... Pero sucede que otro muerto se adelanta, es un cualquiera, que sea hombre del vulgo o sujeto de crecida importancia, poco importa; a veces, ¡oh Caliclés!, será uno de esos que tú llamas filósofos imbéciles, ajeno a los negocios públicos y únicamente solícito de su alma. El juez, prendado de esta hermosura, lo remitirá a las islas de los bienaventurados. Yo tengo la seguridad, ¡oh Caliclés!, de que este discurso es verdadero, por lo cual he puesto todo mi estudio en cuidar de mi alma a fin de que se revele sana en ese tribunal. Quédense para otros los honores que discierne la turba, que yo, con los ojos fijos en la verdad, procuraré vivir bien y morir bien. Con todo el poder que tenga, invito a los demás a que hagan otro tanto. En cuanto a ti, ¡oh Caliclés!, te cito y emplazo para la otra vida. A mi vez te convoco para ese tribunal y te llamo al proceso final, hartado más grave que todos los que se ventilan por acá. Verás entonces tu propia impotencia para defenderte. Conducido ante el juez, ¡oh hijo de Egina!, parecerás estúpido y te mostrarás boquiabierto y enceguecido, tal como decías que habrá de sucederme ante el tribunal de los atenienses. Y quizás tengas que soportar bofetadas y oprobios".

Confesemos que no siempre habla Sócrates con la misma seguridad. A sus discípulos y amigos de última hora les expone las mismas ideas, pero concluye de esta suerte: "Lo que acabo de decir sobre las almas y sobre sus diversas habitaciones después de la muerte, no afirmo que acontezca exactamente como lo he dicho. Pero, más o menos así será, supuesto que parece demostrado que el alma es inmortal. Conviene que así sea, y vale la pena de creerlo; en todo caso, un riesgo de tal naturaleza atrae por su hermosura" ("kindunos" dice más y dice menos que "riesgo").

Sócrates profesaba abiertamente que un "daimonion" invisible lo asistía de continuo, no para sugerirle lo que debía hacer, sino para impedirle que hiciera lo que no le convenía. Al comparecer delante de sus jueces y durante toda aquella audiencia, el signo divino permaneció mudo, por lo cual dijo: "Ni una sola vez, mientras yo hablaba, el daimon me atajó como en tantos otros discursos y ocasiones lo experimenté; señal es ésta de que hablaba rectamente. Y así, lo que luego me sobrevenga que quizás sea la muerte, no debo tenerlo por malo".

¿Qué queda de la libación de cicuta que pretendió hacer en la prisión, a fin de que "los dioses lo favorecieran en su último viaje"? Y qué queda del sacrificio de un gallo a Asclepios que le encarga a Critón?...

Llegando a Atenas, San Pablo observa la multitud de altares dedicados a las divinidades falsas. Mas cuando habla en el Areópago, parece como si se hiciera griego con los griegos, cuanto es posible sin faltar al Evangelio: "Atenienses —les dice— por todo lo que veo, me siento inclinado a estimaros como hombres eminentemente religiosos" (así traduce Campon el "superstitiosiores" de la Vulgata, que en el texto dice "deisidaimonestatous", sobre lo cual cf. Knabenbauer). Indudablemente San Pablo reconoce algo loable en la religión griega; continúa pues: "Entre tantos objetos de vuestro culto, hallé un altar al dios desconocido. A ese a quien sin conocer veneráis, yo os lo anuncio: "on agnoountes eusebeite". Esta última palabra implica que el Apóstol les reconoce piedad a los griegos. Más allá de los nombres, de los simulacros y de los mitos, parece notorio que Sócrates se orientaba hacia el Dios desconocido, y talvez muchos otros paganos, atentos a una razón religiosa, a una conciencia oscura, justificaban la palabra paulina: "Eusebeite"...

DE ALGUNAS ESCUELAS SOCRATICAS

Es preciso observar que el mérito intrínseco y la prodigiosa conservación de las obras platónicas, ha influido adversamente en la estima que se tiene a otras reminiscencias de la doctrina socrática. La suma importancia de Platón acaparó para sí todas las consideraciones, y aun cuando es cierto que "Platón es la suprema obra de Sócrates", también lo es que no fue su único discípulo, y que no es creible que Platón haya conservado íntegramente la enseñanza de su maestro. Fedón de Ellis, la escuela de Megara, los Cínicos, la escuela de Cirene, dependen sin duda de la Sofística, pero manifiestan tendencias de orden distinto, en especial la de "querer para el individuo una superioridad que lo coloque por encima de toda contingencia y lo emancipe verdaderamente". Por otra parte, el influjo de Oriente, siempre contrarrestado por la inclinación racionalista del espí-

ritu griego se afirma sin rebozo en Antístenes (que abrió escuela en un gimnasio de la plaza de Cinosargas —perro ágil— de que provino el nombre de "Perros o Cínicos", que además de ser recuerdo del emplazamiento de la escuela, es símbolo de una "vigilancia ceñuda y ladradora") y en Aristipo, griego africano, a quien ha solido atribuírse la teoría del "placer, regla suprema" que en realidad fue formulada por su nieto Aristipo el Matrodidacto o a Eudoxio de Cnido. Todos ellos se titulan "socráticos" y aun cuando difieren de Platón en muchas reminiscencias del maestro, no lo contradicen fundamentalmente. Lo más cierto es que reflejan aspectos aislados de un personaje cuyo desconcertante complicación podría definirse como "un equilibrio o armonía de contrastes". Ya se ve cuán ocasionado a error es hacer prevalecer uno de estos aspectos o contrastes sobre los restantes. Los Megáricos, por ejemplo, le dieron la preferencia a la sutileza disputadora; los Cínicos a la austeridad intransigente y atrevida; los Cirenaicos a la aceptación del placer que en cualquier momento puede renunciarse sin trabajo. Pero hay una finalidad que todos persiguen: hacer que el hombre no dependa sino de sí mismo.

JOSE VICENTE CASTRO SILVA,

Rector de este Colegio Mayor. Catedrático de Filosofía del Derecho en la Facultad y de Metafísica en la sección de Bachillerato.